

Jaime Castro

Artículo Publicado en El Nacional en 25 de Octubre de 2011 en la Columna de Lorena González, Curadora y Crítica de Arte Venezolana

Entre los últimos episodios del arte nacional hemos destacado una revisión pertinente sobre las formulaciones y el destino de la producción venezolana. En especial, hemos confrontado los peligros de la fragilidad institucional que reproduce una suerte de sendero paralelo, replegado a lugares no oficiales y comerciales de exhibición. En algunos casos estos caminos han sido acertados; en otros, los formatos accesibles, la premura y la falta de esmero por parte de artistas y galeristas han propiciado un delicado campo de acción donde las intenciones se desvanece a través de enunciaciones desacertadas e infortunados armazones que comienzan a convertirse en una perniciosa forma -para el arte- de ser y estar.

Con este ánimo me acerqué el pasado domingo a los espacios expositivos de Pdvsa La Estancia. Mi intención era ver la muestra Esceno- grafía de un mundo fabula- do del artista Jaime Castro, quien el pasado jueves inauguró esta individual en un territorio que aunque poco visitado por algunos, comienza a reconocerse como un lugar óptimo de entretenimiento para la ciudad.

Jardines abiertos y entornos recuperados para las artes visuales, escénicas y musicales, consolidan un punto de encuentro que cuenta con una concurrida cantidad de visitantes todos los días de la semana. Mientras escuchaba los acordes de Aquiles Báez en el escenario principal, entré a la nueva sala de video arte.

Allí me recibieron dos grandes proyecciones. Sucedidas en un tiempo exacto a las finalidades perseguidas, las secuencias se van desarrollando con una gran calidad visual. En ellas, los ritmos alterados reúnen distintas perspectivas de una misma circunstancia, tramando una delicada experiencia que involucra por completo la percepción física e intelectual del espectador: planos agitados, recorridos ambiguos, movimientos indirectos, gestos detenidos, dinámicas suspensas, macro capturas en ascenso y escenas interiores, se suceden al unísono en un contrapunto que genera una inquietante cantidad de certezas y enigmas.

¿A qué se refiere? ¿Es el mismo sitio? ¿Quiénes son? ¿De qué se trata? ¿En dónde estamos? Mientras el cuerpo intenta adaptarse, distintos viajes van transcurriendo frente a nosotros y en nosotros: humaredas, matorrales, abismos, relaciones, deshielos, barriadas, incendios, transitadas carreteras, miseria, llamadas no atendidas, apocalípticas explanadas. La geografía no importa cuando se trascienden las referencias y la imagen nos abraza para superar el dato historicista. En la segunda sala, las maniobras son reveladas al exhibir el material usado, fotografías y videos donde el espectador comienza a reconocer(se) y a hilvanar: esto es en Chile, en el Ávila, es Shangai, Maracay, Hong Kong, San Agustín†

Sin saber cómo, la fabulación de Castro me llevó a otros enigmas. Afuera, un profuso movimiento de gente disfrutaba del día soleado. ¿Será posible que un Estado pueda producir tanta belleza y desventura a la vez? Por un instante sentí la misma confusión que había experimentado en sala. ¿No estaría Castro hablándonos mediante estas metaficciones y sus formas de elaboración, de esas narrativas que polarizan el día a día del venezolano común? ¿No estará tramando una estrategia donde se revelen las veladuras de un mundo consolidado en las turbulentas y engañosas capacidades legitimadoras de lo global? Caminé un poco más. Reparé por un

instante en el poderoso y acertado engranaje que este creador hilvana entre lo conceptual y lo formal.

Al salir, supe que me había topado con la obra de uno de los más acuciosos -sino el mejor- video artista de nuestra actualidad.

LORENA GONZÁLEZ